

Ana Paula de Teresa, *Crisis agrícola y economía campesina*, Ed. UAM-Iztapala/Porrúa, 1992, 305 pp.

EN PALABRAS de la propia autora, “el objetivo del trabajo es, por un lado, el análisis de la evolución de las condiciones de producción del henequén en Yucatán desde una perspectiva histórica, y por el otro, el análisis de la relación que existe entre esta producción y las condiciones de reproducción de los trabajadores de la región”.

Poco más adelante precisa la idea cuando dice:

Nuestra investigación se desarrolla entonces a partir de dos polos: la producción de la fibra y la reproducción del trabajo intentando dar elementos para su comprensión en un esquema analítico único. Cada polo constituye un proceso de la realidad que es determinante del polo opuesto. Así, la producción de henequén es un determinante de las condiciones de reproducción de los trabajadores agrícolas de la región, y a su vez, las estrategias específicas de reproducción desarrolladas por estos trabajadores son parte de las condiciones generales de producción. La transformación de cada uno de estos procesos afecta necesariamente al otro.

La idea es ambiciosa. Se requiere vincular en una sola explicación los procesos de producción del capital junto con los procesos de reproducción de los trabajadores.

Para lograr su objetivo, Ana Paula divide su libro en tres partes: 1) En la primera, hace el análisis de las condiciones históricas del desarrollo del cultivo del henequén, dándole especial énfasis al mercado internacional, ya que estamos frente a un típico proceso de monocultivo para la exportación: si baja la demanda externa se cae toda la economía regional. Esta parte sirve de contexto para la siguiente, en la cual se irán estableciendo las relaciones históricas entre los procesos de producción del capital y los de reproducción de la fuerza de trabajo.

2) En la segunda parte encontramos los aportes más originales de la investigación de la autora, tanto por los resultados presentados como por la metodología utilizada. Se analizan “las transformaciones que sufre la estructura organizativa de las familias a lo largo del período de 1930-1983”. Con cifras, cuadros, gráficas y esquemas, se desmenuzan los procesos de reproducción de la familia campesina durante un período de medio siglo, el equivalente de dos generaciones, y se entrelazan con los procesos de acumulación del henequén.

3) En la última parte, regresamos al presente para establecer cuáles son las actuales estrategias de sobrevivencia de los ejidatarios en el marco de la crisis aguda de la producción del henequén.

Estamos, entonces, frente a un novedoso trabajo de antropología económica por una razón fundamental: se logra dinamizar en el pasado el estudio de los procesos internos de reproducción de la unidad de producción doméstica. Creo que es el primer estudio, por lo menos en México, que logra hacer la génesis a partir de una metodología *ad hoc* de la organización de las unidades de producción campesina. Si estoy en lo cierto, el trabajo de Ana Paula de Teresa no sólo es novedoso, sino más bien pionero y abre nuevas perspectivas de análisis del campo mexicano.

Detengámonos un poco más en algunos planteamientos hechos en estas tres partes, que tal vez no sean los más relevantes desde el punto de vista de la autora, pero que me llamaron la atención.

La primera parte se divide en tres períodos: el auge del henequén, el reparto cardenista y la crisis del sistema de producción ejidal.

Se argumenta que el auge de la producción henequenera resulta de la enorme demanda de hilo para las máquinas segadora-engavilladoras en Estados Unidos. No conozco la historia del henequén, pero hasta ahora pensaba que era un cultivo con usos múltiples, por eso su gran demanda desde el siglo pasado. He de confesar que el dato adelantado por la autora me sorprendió y al buscar otros datos que pudiese confirmar esta afirmación encontré que el crecimiento agrícola en Estados Unidos en esta época fue increíblemente importante. Entre 1850 y 1870 la superficie sembrada con cereales pasó de cinco millones a 11 millones de has., con lo que se dio una enorme escasez de mano de obra para cosechar tal superficie, y se propició la mecanización de las labores agrícolas. El dinamismo de la agricultura cerealera en Estados Unidos fue tal que la extraordinaria fortuna de la Casta Divina, que duró más de medio siglo, se hizo en gran medida gracias al mercado de hilo para maquinaria agrícola en Estados Unidos. Esto mismo provocó la miseria de los campesinos mayas y la destrucción ecológica del norte del estado. La autora no insiste sobre este hecho, pero me permito hacerlo porque nos recuerda la fragilidad de los procesos económicos que permitieron el despegue de la economía mexicana.

La característica del segundo período es que el reparto no responde a una demanda precisa de tierras ni a la fuerza del movimiento campesino, sino que es una respuesta del Estado a la crisis internacional iniciada en 1929. En este sentido, la creación del ejido responde más a los intereses de la nueva burguesía regional que a los de los propios ejidatarios. Se trata de una hipótesis que vale la pena trabajar y que puede plantearse para otras regiones del país en donde el movimiento agrarista no basta para explicar el reparto agrario.

Es en la segunda parte del libro que se desarrolla la proposición metodológica para el estudio de la unidad de producción campesina y su evolución en el pasado. El punto de partida es la teoría de Chayanov sobre la Unidad Económica Campesina. De este autor se retoman dos conceptos clave: 1) la relación existente entre el ciclo biológico de la vida familiar y su capacidad productiva, 2) la relación entre el

número de trabajadores y el de consumidores en la misma familia que, para Chayanov, determina tanto la medida de autoexplotación de la fuerza de trabajo familiar, como su nivel de bienestar. Las mayores aportaciones de Chayanov giran en torno a esa relación consumo-trabajo.

Sin embargo, este trabajo tiene tres diferencias fundamentales con el estudio del famoso populista ruso: 1) Chayanov buscaba elaborar un modelo teórico general de los principios económicos que explican la reproducción de la economía campesina; la autora por su parte, pretende explicar concretamente los procesos de reproducción de los ejidatarios henequeneros con el uso de una metodología que puede aplicarse para el análisis de cualquier otro grupo campesino. En su conclusión la autora explica por qué no inicia su trabajo con el debate teórico sobre la reproducción del campesinado en la producción capitalista, así que retomaremos este problema más adelante. Señalaremos solamente ahora que privilegia la reflexión metodológica sobre la reflexión teórica. 2) La segunda diferencia es que Chayanov aísla la producción campesina de su contexto global, que es la producción capitalista. Por el contrario, Ana Paula de Teresa toma como punto de partida la estrecha relación existente entre las dos esferas de producción, planteando que no hay producción campesina fuera de su relación con el capital. Por eso, las condiciones externas son tan importantes como las internas para explicar la evolución de la unidad de producción familiar. 3) Gracias a su metodología, la encuesta genealógica, en este trabajo es posible relacionar dos dimensiones temporales diferentes, el tiempo histórico y el ciclo de vida familiar, así como estudiar las relaciones que existen entre ellas. Éste es un viejo reto aún no resuelto por las ciencias sociales. Me parece que la metodología de la encuesta generalógica aporta nuevas posibilidades de análisis de los diferentes tiempos que marcan la vida de una sociedad, y es por eso que lo considero como el principal logro de trabajo en su conjunto.

Podemos destacar algunas conclusiones a las cuales llega la autora y que resultan ilustrativas de la originalidad de los resultados obtenidos con la aplicación de la encuesta genealógica.

En el inciso dedicado al análisis del ciclo familiar se estudia cuáles son los efectos de las condiciones externas sobre la organización familiar. Para lograrlo se comparan dos tipos de familias: las que se formaron antes y durante el auge del reparto agrario (1919-1955) (grupo uno), y aquellas que se formaron durante la crisis de la producción henequenera (1956-1983) (grupo dos).

Una primera constancia es que cada grupo de familia tiene un ciclo reproductivo diferente. Las familias que se formaron en la época de crisis tienen un ciclo de consolidación más corto (10 años) que las familias que se formaron en tiempo de bonanzas (15 años). También tienen un ciclo de remplazo más corto. Esto tiene efectos concretos sobre la organización familiar de cada grupo porque les obliga a reaccionar de manera distinta frente a los impulsos del exterior. La primera consecuencia es que los miembros de las familias del segundo grupo se incorporan

a la vida productiva a más temprana edad que los del primer grupo, en particular las mujeres. Otra, es que las mujeres del segundo grupo se casan más jóvenes. Ambas cosas con el fin de limitar el número de consumidores en la familia frente al número de personas capaces de aportar un ingreso. En términos chayanovistas, se intenta mejorar el coeficiente consumo/trabajo con la expulsión de los consumidores fuera del ámbito de la reproducción familiar.

En cuanto a la estructura ocupacional de cada grupo, destacaremos una de las conclusiones a las cuales llega la autora:

[...] la comparación que realizamos entre la estructura ocupacional (por familia y por trabajador) del grupo 1 y del grupo 2, nos muestra que existe una estrecha relación entre el periodo histórico en que se desarrolla el ciclo familiar de cada grupo y la estructura ocupacional de las familias[...] Así, la estructura ocupacional de las familias del grupo 2 es más diversificada (a nivel familiar) y más especializada (a nivel individual) que la estructura ocupacional de las familias del grupo 1.

Una conclusión de carácter general se impone del estudio histórico de los procesos de reproducción de la familia campesina: frente a una misma coyuntura histórica (por ejemplo la crisis del henequén) las familias de cada grupo tienen respuestas diferentes, lo cual quiere decir que: 1) familias que se encuentran en un mismo ciclo reproductivo, pero que se conformaron en períodos históricos diferentes, reaccionan de manera diferenciada frente a las mismas presiones externas; 2) de la misma manera, familias que se encuentran en fases diferentes de su ciclo reproductivo reaccionan de manera diferenciada frente a las mismas presiones externas, de acuerdo a la fase del ciclo familiar en la cual se encuentran.

En la coyuntura actual del TLC, del fin del reparto agrario y de la privatización de la tierra, estas conclusiones, aparentemente sencillas, nos obligan a pensar mejor lo que puede ser el devenir de los campesinos frente a los grandes cambios que están revolucionando nuestra sociedad.

Quisiera destacar una sola conclusión a la cual llega la autora en la tercera y última parte de su trabajo y la elegí porque me parece ser un perfecto modelo de análisis chayanovista, el cual hay que trascender pero al cual debemos mucho. Dice la autora:

La explotación de parcelas grandes no significa necesariamente un mayor nivel de bienestar. Por el contrario, si se toma en cuenta la inversión en jornadas de trabajo, la explotación de dichas parcelas puede implicar un menor nivel de vida que el de los campesinos que cultivan parcelas pequeñas. Todo depende de las alternativas de empleo que existan para los trabajadores de la zona henequenera. Si la remuneración del trabajo en otras actividades es mayor que la remuneración que proporciona el cultivo de la parcela, es probable que los pequeños parcelarios obtengan un ingreso global mayor que el ingreso que obtienen los grandes parcelarios. Esta reflexión nos conduce a suponer que la importancia de la producción parcelaria de henequén para la reproducción de la unidad doméstica debe valorarse en términos cualitativos y en la

perspectiva del conjunto de actividades que realiza la familia, y no como una condición absoluta del nivel de reproducción de la unidad doméstica.

Esa aseveración confirma la teoría del punto de equilibrio que se establece entre los diferentes factores de producción de la Unidad Económica Campesina para lograr el mejor nivel de bienestar familiar. Chayanov desarrolla esta idea en el capítulo III de su libro *Los principios básicos de la organización de la unidad económica campesina*, en mi opinión el capítulo más apasionante de toda su obra.

No es sino hasta las conclusiones que Ana Paula de Teresa justifica por qué no inició su trabajo retomando el debate teórico sobre la existencia del campesinado en el modo de producción capitalista. Argumenta que el debate entre los campesinistas y los descampesinistas cayó en un *impasse* por dos razones: 1) debido a que la teoría económica, tanto la neoclásica como la marxista, se centra en el análisis del funcionamiento del modo de producción en su forma pura, por lo cual no permite analizar las formas concretas que asume el capitalismo histórico; 2) porque, “desde el punto de vista metodológico, [...] los estudios sobre el campesinado toman *a priori* partido por uno u por otro planteamiento. Esta toma de posición delimita las hipótesis de investigación y [...] las conclusiones tienden a confirmar las hipótesis iniciales. De esta manera, desde su misma formulación, las investigaciones se encierran en un círculo vicioso que conduce simplemente a confirmar o negar el punto de partida”.

Si bien comparto la idea de que el debate acabó por llegar a un *impasse*, no creo correcto culpar ni a la teoría ni a los teóricos, sino a la realidad cambiante que, a veces repentinamente, cambia los términos del análisis. Hay, en este sentido, un problema epistemológico fundamental.

Para no entrar en “polémica” sobre la “polémica”, quisiera sólo recordar dos hechos que, me parece, demuestran la riqueza y versatilidad de este debate.

Tuve la suerte de iniciar mi carrera de investigador como ayudante de Luisa Paré en su proyecto sobre asalariados agrícolas, en los años de 1974-1975. Luisa y todos los miembros de su equipo nos ubicábamos, sin duda, en el campo de los “campesinistas”, o los “populistas”. Nuestro interés por estudiar a los asalariados del campo nació de la constatación empírica de su importancia numérica en la producción capitalista y de su relación con la economía campesina. Es la importancia de esta relación la que nos llevó a realizar meses de trabajo de campo y a Luisa Paré a escribir su libro. Recuerdo que el planteamiento inicial del proyecto de investigación fue bastante ortodoxo, sin embargo, no creo que los planteamientos que hace Luisa en su libro lo sean, independientemente de si estamos de acuerdo con ellos o no.

Finalmente, recordaré que el primer autor que escribió sobre Chayanov en México, poco después de que salió la versión en español de su libro, fue Roger Bartra, quien impulsó el pensamiento “proletarista marxista” en los estudios agrarios mexicanos. El artículo de Roger, publicado en la *Revista de Comercio*

Exterior, era una “invitación a leer a Chayanov” para poder profundizar en el conocimiento real del campesinado y su ubicación en la producción capitalista. Nunca debemos olvidar que es, en mi opinión, el más brillante representante del pensamiento proletarista de la década de los setenta quien nos invitó a leer a Chayanov para poder elaborar una teoría adecuada al conocimiento de nuestra realidad nacional.

Hubert Carton de Grammont.